



En el esplendor de la verdad

De la tradición orante de la Iglesia ambrosiana, se ha tomado la oración colecta correspondiente al día de hoy. Con ella se concluye la parte introductoria de la celebración eucarística, que nos prepara para una escucha fecunda de la palabra de Dios que seguidamente se proclama. Es fruto de la invitación a la plegaria que nos hace el que preside la celebración y que, después de un oportuno silencio orante, se recoge en la que sacerdote pronuncia en nombre de todos. El pueblo cristiano la hace suya al final con la palabra **“amén”**.

En este domingo, y en la mencionada oración colecta, se nos recuerda lo que somos: *“hijos de la luz gracias al don de la adopción”*. Este misterio, siempre gozoso y nuevo, ha tenido lugar en el bautismo al que san Justino, en su Apología 1, llama *“baño de la iluminación”*. Haciéndonos sus hijos pasamos a ser *“hijos de la luz”*. Es lo que san Pablo recuerda a los cristianos de Éfeso (5,8) cuando les escribe diciéndoles: *“antes erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor”*, de ahí la petición de la oración colecta que se hace compromiso de vida cristiana: mantenerse siempre *“en el esplendor de la verdad”*.

La verdad es luz y nos libera de la esclavitud que siempre lleva consigo el pecado puesto que nos impide vivir como seres libres que, para que seamos libres, *“Cristo nos ha liberado”* cfr Gal 5, 1, en el misterio de su muerte, sepultura y gloriosa resurrección.

Andar en verdad es un signo de libertad. En los

textos bíblicos de esta celebración, tanto en el del Antiguo Testamento como en el Evangelio, la luz de la verdad se manifiesta en la acogida que se tributa a los otros dado que *“el que os recibe a vosotros me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado”* cfr Mt 10, 40.

La palabra **“acoger”** viene del latín **accolligere** y significa **“admitir en casa”**. Es todo un proyecto de vida que pide Dios a los que viven en alianza con él. La acogida siempre es fuente de bendición como se proclama en la lectura primera del segundo libro de los Reyes.



La verdad de la acogida

Jesús supo admitir a todos sin prejuicios ni distinciones:

- a) A los **pobres**, primeros destinatarios del Evangelio.
- b) Luego los **ricos** como Zaqueo (cf. Lc 19,1-10) y José de Arimatea (cf. Mc 15,42-43 y par.; Jn 19,38).
- c) También a los **extranjeros** como el centurión (cf. Mt 8,5-13; Lc 7,1-10) y la mujer sirofenicia (cf. Mc 7,24-30; Mt 15,21-28).
- d) A los **hombres justos** como Natanael (cf. Jn 1, 45-51).
- e) Y, como no, a los **pecadores** en cuyas casas se alojaba y con los que comía cfr Lc 15, 1-2.

No recibió, sin más, al extranjero como tal, al pobre como lo que era, al pecador en el marco de su situación. Esto habría significado encasillarlo. El Señor, ante todo, se encontraba con una persona creado por Dios a imagen de su Hijo querido.

La acogida fuente de bendición

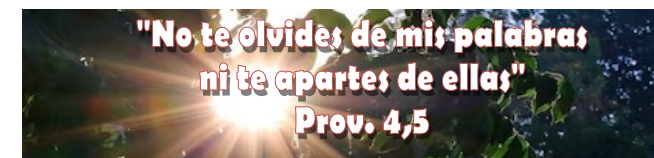
Por eso escuchaba a fin de percibir su necesidad. Con estos sentimientos y movido por esta preocupación, Jesús fue capaz de descubrir y hacer florecer la fe en el corazón el otro porque, cuando es liberada de todo lo que la atenaza y desfigura, se puede decir, como el Maestro lo hizo: *“Tú fe te ha salvado”*. Nunca dijo: *“Yo te he salvado”*, sino: *“Tu fe te ha salvado”* (Mc 5,34 y par.; 10,52; Lc 7,50; 17,19; 18,42); Mt 8,13); Mt 15,28.

Así hizo posible que esta virtud, siempre presente en el otro, floreciese. El mundo dará un paso decisivo el día en que el extranjero -el **otro**- de enemigo (**hostis**) se convierta en huésped (**hospes**). Ese día, el otro, reconocido como huésped, será revestido de una singular dignidad y sus derechos reconocidos, puesto que habrá dejado de ser un maldito. La verdad de la acogida cristiana está en el camino de la cercanía que se hace escucha. *“Acogeos unos a otros como Cristo os ha acogido, para gloria de Dios”* (Rom 15,7).

En la homilía del Pseudo Clemente, un texto cristiano siríaco del s. III, se lee: **«El prójimo del hombre es todo hombre, cualquiera que sea, y no tal o cual hombre; porque el malvado y el bueno, el enemigo y amigo, son igualmente hombres»**.

Pero tampoco podemos olvidar que vivir en el esplendor de la verdad nos **prohíbe falsearla en las relaciones con los demás** puesto que **donde hay mentira no puede haber amor**.

Este es el compromiso del cristiano. Vivir envueltos en este **“luz”** que hace libres y santifica. Esto conlleva respetar la fama, no caer en la mentira, la murmuración, el juzgar mal y cualquier tipo de ofensa que pueda poner en duda el honor y la buena fama de los otros.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 88,2-3.16-17.18-19

Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad

por todas las edades.

Porque dije:

«Tu misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad.

Dichoso el pueblo que sabe aclamarte: camina, oh Señor, a la luz de tu rostro; tu nombre es su gozo cada día, tu justicia es su orgullo.

Porque tú eres su honor y su fuerza, y con tu favor realzas nuestro poder.

Porque el Señor es nuestro escudo, y el Santo de Israel nuestro rey.

Forma parte de los llamados Salmos reales "mesiánicos" (Salmos 2; 72; 110). Es un extenso poema que se hace oración gozosa y sabrosa meditación, sobre la historia que Dios ha hecho con su pueblo. Los versículos 2-3 pueden considerarse la síntesis profunda de esta gran plegaria que cierra el libro Tercero del Salterio. Dos palabras son las dominantes y se puede decir que están muy presentes en toda la Escritura: amor y fidelidad.

Estos términos, a menudo, los encontramos expresados con las palabras de misericordia y verdad. La misericordia nos recuerda que el amor de Dios es siem-

pre su tierna inclinación hacia nuestra pequeñez y nuestras heridas; la **verdad** nos hace comprender que la veracidad divina no es una realidad abstracta y ajena a la historia; es la fidelidad del Altísimo a su compromiso de amor para con nosotros.

La invitación que se hace en este salmo 88 (89) es la de considerar la creación y la historia, como un compromiso que Dios ha hecho con el hombre. Ya encontramos este término en el ver.4 en referencia a David, pero, en realidad, este **juramento** involucra a todo el pueblo elegido y, en la plenitud de los tiempos, en la persona de Jesús, a toda la humanidad. De ahí que, orar, es recordar.

El don de la fe es, precisamente, la posibilidad de captar en todo y en todos el signo de un lazo de **querencia**, de una elección cargada de misericordia y, por tanto, de un don y de una entrega al hombre del misterio mismo de Dios.

La creado y lo vivido vendrían a ser como el gran horizonte, donde se celebra esta **pasión** de Dios por la obra de sus manos y que tendrá su gran manifestación en la cruz. Hay pues, en este salmo, un **canto de las criaturas**: "Los cielos cantan tus maravillas Señor, tu fidelidad en la asamblea de los santos" (v.6).

Todo viene de Dios y todo vuelve a Él acompañado de un canto que se hace gratitud, adoración, sincera alabanza. Hace feliz a quien lo interpreta. De ahí "Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte: camina, Señor, a la luz de tu rostro" (v.16). La carta encíclica LAUDATO SI, nos puede ayudar a profundizarlo.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor.

Porque dije: «Tu misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad».

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo XIII

del tiempo "per annum" "A"



Un texto para guardar en la memoria del corazón



En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles:

«El que os recibe a vosotros me recibe a mí, y el que me recibe recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta

tendrá paga de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo tendrá paga de justo.

El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pobrecillos, sólo porque es mi discípulo, no perderá su paga, os lo aseguro.»